

# Notas

## EL LIBERTADOR Y LA GLORIA

POR FERNANDO GOMEZ MARTINEZ

Discurso pronunciado por el doctor Fernando Gómez Martínez en la ciudad de Santa Marta, sede del II Congreso Nacional Bolivariano, ante la estatua de Bolívar.

A rendir culto al Héroe, en esta ciudad donde terminó la parábola de su vida incomparable, hemos venido los miembros del segundo congreso bolivariano. Recinto de gloria es éste, y ningún sitio mejor para hablar de lo que fue en Bolívar el supremo ideal.

Cuarenta y tres veces, hasta donde he alcanzado a contar en el repaso de estos días, aparece la mención de la gloria, su gloria, en la correspondencia, los discursos y las proclamas del Héroe. Ella fue el objeto de su misión, y buscándola transcurrió su vivir. En su ansia de conquistarla recorrió largos y fragosos caminos, midió al paso de su caballo interminables llanuras, esguazó ríos cruzó mares, ascendió a las más elevadas cumbres. Buscándola fue militar, legislador y estadista. Huidiza y esquiva, con la mayoría de los mortales, la gloria fue suya, fielmente suya, y no lo abandonó ya ni en el deleite ni en el infortunio, ni cuando recorría coronado las calles, ni cuando moría sin camisa en esta ciudad, a donde no había entrado antes ni derrotado ni triunfante, pero a donde vino moribundo como si muriendo aquí, y en la casa de un español, quisiera enseñar que su gloria alcanzaba a quienes más reciamente se le opusieron y ser símbolo de amistad con la Madre Patria, de los pueblos libres de América.

Sería interminable hacer transcripción de todas las veces en que habla de la gloria como una aspiración y aquellas en que ya la defiende, como suya, contra toda clase de asechanzas. Traigámos a mención apenas unas pocas.

Habla de ella en plena juventud. Esto escribía después de una de sus costosas diversiones en París: "No había deseado las riquezas; ellas se me presentan sin buscarlas, no estando preparado para resistir a su seducción. Me abandono enteramente a ellas. Nosotros

somos los juguetes de la fortuna. Si ella no hubiese puesto un inmenso caudal en mi camino, servidor celoso de las ciencias, entusiasta de la libertad, la gloria hubiese sido mi solo culto". Hubiese sido—dijo—, como indicando una frustración.

Y sin embargo, poco tiempo después, lo que consideraba frustrado es apremiante realidad. De regreso de Roma, con su amigo Rodríguez, sin hacer escalas, como si lo aguijonara el tiempo, se apresta para marchar a América. Fanny, la prima, quien tanto lo había exhortado a que acometiera la empresa gloriosa que ahora empezaba a preparar, se acongoja considerando la eminencia de la separación. "Ya el amor a la gloria —le escribe años más tarde— se había apoderado de todo su ser, y sólo pertenecía a usted, a sus semejantes, por el prestigio que les ocultaba el genio que las circunstancias han aumentado".

Ha empezado la lucha, con sus victorias y sus descalabros. El héroe está en su órbita. Ya desde entonces ha podido decir, como dijo más tarde, esta sentencia que ilumina toda su existencia: "Estoy en el caso de perder el camino de la vida o de seguir siempre el de la gloria". O esta otra, contenida en carta a Briceño Méndez, en el otoño de su carrera: "La fortuna no debe luchar vencedora contra quienes la muerte no intimida y la vida no tiene precio sino en tanto que es gloriosa".

En el discurso ante el congreso de Tunja, aquel que caló tan hondo en el corazón de quien mejor que nadie adivinó la grandeza del genio que alboreaba, dice: "Nuestra empresa ha sido a tientas, porque éramos ciegos; los golpes nos han abierto los ojos y con la experiencia y la vista que hemos adquirido, por qué no hemos de salvar los peligros de la guerra y de la política y alcanzar la libertad y la gloria que nos esperan por galardón de nuestros sacrificios".

"Ustedes —dice a los miembros de la asamblea de Caracas que lo nombró Libertador— me aclaman capitán general de los ejércitos y Libertador de Venezuela: título más glorioso y satisfactorio para mí, que el cetro de todos los imperios de la tierra".

Pero el ideal de la gloria en Bolívar no es ambición. No mira a beneficios ni es la concupiscencia del mando. Es puro y desinteresado. La gloria sí, pero despojada de materialidad. Su concepto sobre Napoleón, a quien, según varios de sus biógrafos quiso imitar, es de abrumadora elocuencia. "Yo le adoraba —dice— como al héroe de la república, como la brillante estrella de la gloria, el genio de la libertad. En el pasado yo no conocía nada que se le igualase, ni prometía el porvenir producir su semejante. Se hizo emperador y desde aquel día le miré como un tirano hipócrita, oprobio de la libertad y obstáculo al progreso de la civilización". Y más adelante: "Qué terribles sensaciones de indignación produjo

en mi alma este melancólico espectáculo, dominado como estaba de un fanático amor a la libertad y a la gloria”.

Confirma esta opinión lo que decía en 1828 quizás también a Briceño Méndez, en una hora de desesperanza y pesimismo: “Acuérdese usted lo que le digo: Colombia se va a perder por la falta de ambición de su jefe; me parece que no tiene amor al mando y sí alguna inclinación a la gloria; y más aborrece el título de ambicioso que a la muerte y a la tiranía”.

Ni era sólo la gloria personal suya el único ideal. Era también la gloria de Colombia.

En aquella amarga epístola de reconvención a Sucre, escrita en Huamanga, cuando le decía que estaba dispuesto a hacer, en la retaguardia, lo que le había encargado y que el gran cumanés había hallado deprimente, agregaba: “. . . y en todo esto yo no veía ni veo más que el servicio, porque la gloria, el honor, el talento, la delicadeza, todo se reúne en el solo punto del triunfo de Colombia, de su ejército y la libertad de América”.

Ya apunta allí un concepto fundamental para el gobierno: el ideal de servir, como objetivo del gobernante, programa que condensó en una frase lapidaria: “La gloria está en ser grande y en ser útil”.

Muchos años antes, otra vez ante la asamblea de los magistrados y el pueblo convocada por él en Caracas en 1814, había dicho estas memorables palabras, en que aparece el mismo ideal, como muestra la más alta de patriotismo y en que señala a la vez la noble misión del soldado:

“No es el despotismo militar el que puede hacer la felicidad de un pueblo, ni el mando que obtengo, puede convenir jamás, sino temporalmente, a la república. Un soldado feliz no adquiere ningún derecho para mandar a su patria. No es el árbitro de las leyes ni del gobierno; es el defensor de su libertad. Sus glorias deben confundirse con las de la república y su ambición debe quedar satisfecha al hacer la felicidad de su país”. Noble ambición y patriótico programa que reitera en el más solemne momento de su vida, en esta misma ciudad, al lanzar su última proclama: “Al desaparecer de en medio de vosotros, mi cariño me dice que debo hacer la manifestación de mis últimos deseos. No aspiro a otra gloria que a la consolidación de Colombia”.

Su gloria sí, pero como consecuencia de la de Colombia. Y que alta y que grande la que alcanzaron sus hechos. Pero es que hay acaso, entre los héroes antiguos y modernos, alguno que lo supere? Si la gloria la medimos por los fines perseguidos, ninguno: La libertad de medio mundo no la había logrado otro. Si la estimamos por los medios de que dispuso para alcanzarla, tampoco hay nadie que lo iguale: pobres recursos ante la magnitud de su empresa. Si acaso queremos estimarla, por la decisión, la constancia,

la fe, los sacrificios y el desinterés, quién podría comparársele? Pues fue hombre más temible en la derrota que en el triunfo, al decir de su principal enemigo. Y si finalmente la valoramos a través del sacrificio de cuanto tenía, que puso al servicio de su ideal, y por la falta de ambición, es inútil buscarle émulos y semejantes. Otros héroes hubo en lo antiguo que hicieron mucho, pero ellos se dirigían a subyugar pueblos, a dominar y a enriquecerse. Fueron victimarios de la independencia y de la libertad y creadores de la opresión. Bolívar sólo fue factor de libertad. No fue conquistador, fue libertador. Fue el Libertador. Su pertinaz renuncia a ceñir una corona no tiene paradigma en la historia de los grandes hombres.

Qué obsesión aquella! si es que amar y buscar y poseer la gloria puede denominarse así. El, tan sensual, por cuya vida desfilaron las siluetas de tantas amadas y amantes, románticas y locas, era idealista hasta superar con su idealismo todas las pasiones menores. Cómo soñó a la gloria, no lo sabemos, pero su fantasía debió de verla superior a la belleza, y en gracia, y en ternura a todas las mujeres que amó. Y que la gloria le fué fiel, no lo ponemos en duda. Estuvo con él en San Pedro Alejandrino, en el supremo instante, y en perfecto estado de viudez guarda ahora su recuerdo y su nombre como el del último de los héroes que dió la humanidad.

Apenas habrá grande hombre sobre el cual se haya investigado y escrito más, ni cuya vida siga estudiándose con mayor interés. La valiosa cantera hállase apenas desbrozada. El nombre de Bolívar aparece en el de calles, plazas y ciudades. Lo lleva con honor un gran pueblo. Surcan el mar navíos portándolo en la proa, y lo ostentan orgullosas academias y universidades. Su efigie se irgue en centenares de urbes, aún en aquellas en que la fama de los héroes nacionales pudiera ser excluyente.

Oh excelsa gloria! Así la anhela y así la tienes. Vives en el pincel de los artistas, en la blancura de los mármoles, en la pátina del bronce, en el fulgor de las monedas, y de las condecoraciones, en la nota de los himnos, en la estrofa de los poetas, en el cáliz de una flor, en el brillo de una estrella, en el corazón de los hombres!

Sí, tuya es, oh Padre, la gloria que en la tierra se alcanza. Nadie habrá de llevarla mayor. Se prolongará con los siglos, según la visión profética de Choquehuanca, y centenares de victorias, según tu propia visión profética sobre tus bravos, alargan tu vida hasta el término del mundo. Y como supiste morir cristianamente, humillada la frente al deshonor del Gólgota, sus hijos pedimos, en fervorosa plegaria, que te alcance también en lo eterno, la gloria de Dios.